

gobierno, ayudada por la del público, bastaría para reproducir con mayor utilidad, y á un precio sumamente módico, esa interesante colección, mejorándola con el aumento de los originales que existen en nuestro Museo. Pero ésta es empresa que dudo lleve al cabo la generación actual.

NOTA SEGUNDA.

SACRIFICIOS HUMANOS Y ANTROPOFAGISMO
DE LOS MEXICANOS.

CAPITULO III página 57.—Cuando se recuerdan los usos repugnantes que hemos dado á conocer en las páginas anteriores, se experimenta gran dificultad en conciliarlos con ninguna forma regular de gobierno, y en atribuirlos á un pueblo adelantado en civilización: *sin embargo, los mexicanos tienen justos títulos á este renombre.*

El señor *Prescott* nos propone aquí unos de los problemas más interesantes y curiosos que presentan las ciencias políticas y filosóficas, y que tiempo ha debían haber resuelto nuestras sociedades literarias, aunque no fuera más que por un motivo de amor propio. Perplejo un momento el autor entre la teoría y la práctica, entre su convicción y sus afectos, toma al fin un partido, y decide, pocas líneas después: *que es IMPOSIBLE que el pueblo acostumbrado á esas prácticas inhumanas, haga grandes adelantos en la cultura moral é intelectual; y da la razón; porque ellas corrompen la naturaleza espiritual é inmortal del hombre, infundiéndole las ideas más abominables y degradantes. Quedaba, sin embargo, por desatar una grave dificultad, en la reconocida civilización de los mexicanos; mas el autor la juzga enteramente resuelta con sólo observar: 1º, que la civilización de éstos no era propia, sino heredada de los toltecas, que jamás mancharon sus altares, ni menos sus festines, con la sangre de los hombres: 2º, que si bien hicieron algunos adelantos en aquella cultura, que puede llamarse meramente material, habían quedádose muy*

atrás en los conocimientos abstractos y en las ciencias puramente intelectuales respecto de los tezcocanos; *cuyos sabios soberanos no admitieron los abominables ritos de los aztecas, sino con grande repugnancia, ni practicaron sino en una escala mucho menor.* El lector reconocerá que aquí los hechos son la base fundamental de los raciocinios, y que todos aquellos vienen á resumirse en uno solo, presentado bajo de dos respectos, y con el cual se piensa dar la solución del enigma propuesto. Este hecho es la total ausencia de los sacrificios humanos entre los tultecas, y la repugnancia con que los toleraban los monarcas tezcocanos. Comencemos por investigar si en efecto ha existido ese hecho, y después discutiremos su influencia.

El señor *Prescott* lo da por inconcusamente establecido en el siguiente pasaje del cronista tezcocano (1). “Determinado el rey (Netzahualcoyolt) á poner un término á la insolencia de sus enemigos, reunió á los más sabios de la nación, los cuales le aconsejaron hiciera un solemne

[1] *Historia chichimeca*, cap. 45, en la colección de M. S. del archivo general, vol. XIII

“ sacrificio para aplacar la cólera de los dioses. y aunque el rey *siempre fué enemigo* de este modo de servir y granjear á los dioses de los *culhuas mexicanos*, hubo de hacerles muy grandes y solemnes sacrificios, y admitir su adoración, que hasta entonces no lo había hecho, ni permitido hacerles templos ningunos; y así en esta ocasión dentro de sus casas comenzaron á edificar los templos de los dioses mexicanos.”

Yo no alcanzo de cuales de las palabras antes copiadas se pueda deducir que los tultecas no practicaron los sacrificios humanos, y antes bien me parece que su contexto mismo prueba lo contrario. Lo más que, en mi juicio, podría inferirse de ellas, era la aversión personal del rey á tales prácticas, y que inspirado por ésta no había querido conceder el derecho de ciudadanía á los dioses mexicanos, y en consecuencia ni erigirles templos; mas no se prueba, de manera alguna, que tal fuera el espíritu dominante de la nación, ni menos que en ella no estuviera radicado de antemano aquel culto sangriento. Así lo convence lo que el mismo cronista tezcocano dice en el

final del propio capítulo, donde describiendo el templo que aquel rey edificó al *Dios no conocido*, advierte que lo mandó levantar *frontero y opuesto al mayor de Huitzilopochtli*; del cual había hablado ya en el capítulo 37, con su inseparable acompañamiento de víctimas humanas. Concluyo de todo, que si la autoridad citada prueba algo, es *contra producentem*.

En otro de los escritos de este historiador se encuentra un pasaje que confirma todo lo expuesto, con la circunstancia muy particular de referirse en su narración á las costumbres de los antiguos tultecas y de darnos, según parece, el origen de una de las prácticas cruentas de los mexicanos. “ Aunque es verdad, dice, que estas gentes (los tultecas) fueron grandísimos idólatras, no sacrificaban hombres, ni hacían los sacrificios supersticiosos que los mexicanos, *sino era á TLALOC, sacri- ficándole cada año cinco ó seis doncellitas de poca edad, sacándoles los corazones y ofreciéndoselos, y sus cuerpos los enterraban; y al Tonacatecuhtli ciertos tiempos del año: al más malhechor que hubiera cometido grandes delitos, lo lleva-*

“ ban á cierto artificio que llamaban *Tetli-monamiquian*, que quiere decir, *encuentro de las piedras*, y allí lo ponían en medio, “ de suerte que dos piedras con las esquinas se encontraban, y lo hacían allí pedazos, y después lo enterraban” (2).

Si la identidad en los nombres propios y la analogía entre las prácticas religiosas pueden considerarse datos suficientes para deducir una comunidad de origen, parece no cabe duda en que tanto el dios que veneraron los mexicanos bajo los nombres de *Tlaloc, Tlalocclamacazqui y Tlaloca-Tecuhtli*, así como su culto, los tomaron de los tultecas; y ésta es probablemente la divinidad que en el manuscrito, antes citado, de *Ixtlilxochitl*, se llama *Tonacatecuhtli*, quizá por un descuido del copiante. Confirmame en esta opinión lo que dice Torquemada sobre la antigüedad de su culto y de su procedencia tulteca [3], y lo que po-

(2) Relaciones, &c. Rel. 4, M.S.— Esta misma tradición, con algunos otros pormenores, se encuentra en Veytia, *Historia antigua de México*; cap. 27.

(3) Dicen que este dios *Tlaloc*, es el más antiguo que hubo en esta tierra, después que se pobló de las naciones que ahora la poseen. De la antigüedad de este ídolo se averiguó ser del tiempo de

demostramos deducir del paralelo entre sus antiguos y modernos ritos, que, en medio de sus alteraciones, conservan intacto su tipo primitivo. En efecto, el sacrificio *de las doncellitas de poca edad* y el suplicio del delincuente, que los toltecas ofrecían á *Tlaloc*, tienen una exacta correspondencia con la inmólación de niños y con el severo castigo que infligían los mexicanos á los sacerdotes culpables, en el mes destinado á la fiesta de la misma deidad (4). *Becerra Tanco*, que floreció en la época de *Ixtlilxochitl* y que por su instrucción en la lengua y en las antigüedades del país, adquirida con treinta y dos años de ejercicio de cura de almas, debe reputarse como un juez muy competente en la materia, favorece mis conjeturas. Encomiando las felices disposiciones mentales de los indígenas, y los rápidos progresos que hicieron los primeros alumnos del colegio establecido en Tlaltelolco, dice: “De que se infiere, que

los toltecas, primeros moradores de estos reinos (*Monarquía indiana*, lib. VI cap. 23

(4) *Torquemada*, lib. VII, cap. 21; lib. X, cap. 10.—*Sahagún*, *Historia general &c.*, lib. II, cap. 6 y 27.

“los indios mexicanos, que traen origen de los toltecas y acolhuas, fueron los más racionales y políticos de este nuevo mundo, aunque los más afectados en los ritos y ceremonias, con que daban culto á sus falsos dioses, por medio de cruentos sacrificios” [5]. Juzgando por ésta y las otras autoridades, bien podemos decir que la civilización tolteca ya traía consigo el germen, cuando menos, de esas crueles instituciones que después fecundaron los mexicanos de una manera tan espantosa. Desde aquí comienza á palpase la insuficiencia del sistema que pretende hacer enteramente incompatible cualquiera especie de cultura intelectual y moral con los sacrificios humanos, pues ya no se trata de la postiza y manca civilización de los mexicanos, sino de la de sus maestros los toltecas, que también los practicaban, y á los cuales confiesa, no obstante, el señor *Prescott*, grandes adelantos en todos los ramos del saber humano.

Pasando el historiador de las teorías

(5) *Becerra Tanco*, en la cit. colec. de opuse. pág. 549.

absolutas á las respectivas, buscando en ellas una confirmación de su sistema, pone en paralelo á los tezcocanos y mexicanos, y dando por seguro que la cultura de éstos no pasaba de la que llama *meramente material*, mientras que los otros los sobrepujaban en los *conocimientos abstractos* y en las ciencias *puramente intelectuales*, asigna como únicas razones de diferencia, la suma repugnancia con que los monarcas de Tezcoco toleraban los sacrificios humanos, y la grande economía de éstos. Ni el supuesto me parece cierto, ni seguras sus pruebas.

Para refutar el primero, me parece basta echar una ojeada sobre el conjunto de la civilización de los aztecas, que por todas partes presenta frutos sazonados de una cultura *puramente intelectual*. Ellos tenían una forma regular de gobierno hábilmente combinado, desde el ejercicio del poder supremo hasta los últimos ápices del régimen municipal. Su derecho civil, criminal y de gentes estaba más de acuerdo que el europeo antiguo, y por consiguiente que el nuestro, con algunos principios que después han servido de fundamento á la re-

forma de la jurisprudencia. La distribución del tiempo, perpetuada en su calendario, era infinitamente más perfecta que la adoptada en Europa al tiempo de la conquista. En lo relativo á la filosofía moral, y por lo que toca á las instituciones encaminadas á conservar la regularidad y la decencia de las costumbres, nada absolutamente se puede tachar á los mexicanos, como lo reconoce cualquiera que haya hojeado siquiera los escritos del padre Sahagún. Así podía irse discurrendo sobre algunos otros ramos, cuya existencia y adelantos no pueden concebirse sin el auxilio de los *conocimientos abstractos* y *de las ciencias puramente intelectuales*; y puesto que en México se han encontrado, como lo atestiguan la historia y los monumentos imperecederos de su civilización, que en parte se conservan, uno está autorizado para decir que no siendo cierto el supuesto que sirve de basa á las conjeturas del señor *Prescott*, tampoco puede dispensarse confianza á sus raiocinios. Veamos ahora lo que nos dice la historia sobre esos hechos, que el autor da por establecidos.

Tomando la de los tezcocanos en la épo-

ca del reinado de *Teochotlalatzin* (6) en que ya descubren las formas varoniles y perfectas de una regular sociedad política y de una nación culta, el primer objeto que se presenta dominándola y que arrebató la atención del observador, es un hecho que tanto por sí solo, como por el origen que se le atribuye, da por el pie á todo el sistema histórico y filosófico del señor *Prescott*.

Los chichimecas, fundadores de la monarquía tezcocana, no obstante su prosperidad, siempre creciente, habían conservado las costumbres sencillas é inocentes de sus mayores, hasta la época del reinado de *Teochotlalatzin*, en que, como ya dije, aparecieron formando una nación culta y una

(6) *Veytia* é *Ixtlilxochitl* discrepan en un *Cehuehuétiliztli*, ó cielo máximo de ciento cuatro años, respecto de la fecha de la inauguración de *Teochotlalatzin*: el primero la fija en el año 1357, el segundo en el de 1253, y aunque aquel añade para mayor individuación, que fué en el año *chicuey calli* [ocho casas], la dificultad queda siempre en pie, porque este símbolo es el mismo en ambas fechas. La discrepancia entre nuestros historiadores viene desde la llegada de los chichimecas á *Tenayucan*, con una diferencia de tres ciclos comunes ó *ciento seis años*. Por lo que toca al estado social de la nación en la época que nos ocupa, vease *Veytia* en el *lib. II, cap. 21*.

perfecta sociedad política. En este tiempo se presentó al rey una tribu *tulteca*, desterrada de *Aculhuacán*, pidiendo tierras en qué establecerse, y aquel se las concedió en su misma capital, donde formaron cuatro cuarteles. El cronista tezcocano (7) que nos ha conservado estas noticias, dice que estos nuevos colonos "era gente toda muy política, que trajeron muchos ídolos á quienes adoraban, entre los cuales fué *Huitzilopochtli* y *Tlaloc*. *Teoc'atlalatzin*, "añade, amaba tanto á los *tultecas*, que no "solamente les permitió establecerse entre los chichimecas, sino también el que "edificaran templos é hicieran sacrificios "públicos, cosa que nunca había querido "permitir su padre *Quinantzin*.—*En este tiempo fué cuando comenzaron á prevalecer "los ritos y ceremonias de los tultecas.*"

Aunque *Veytia* (8) niega abiertamente que el rey dispensara su favor á la introducción de los ritos sanguinarios, presentándolo fuertemente adherido al puro deísmo que constituía la antigua creencia nacional; sin embargo, conviene en la sustancia del

(7) *Historia chichimeca*, cap. 13, M. S.

(8) *Hist. ant. de México*, lib. II, cap. 22, pág. 195.

hecho, que forma el tema de nuestras investigaciones; es decir, en la adopción y práctica efectiva de aquel culto por el pueblo, (9) y en la decidida inclinación de la nobleza hacia él (10).

El continuo empuje de la opinión y la felicidad de sus esfuerzos para nacionalizar este culto, que si no fué protegido bajo el reinado de *Teochatlalatzin*, á lo menos estuvo tolerado, lo manifiesta la pompa funeraria con que se celebraron las exequias de *Tezozomoc*, en las cuales ya comienza á revestir las formas oficiales de una religión de estado. Acompañaban el duelo su sucesor y los soberanos ó embajadores de los estados vecinos, formando la parte más interesante de la comitiva un buen número de esclavos, que

(9) "Habíase extendido ya mucho la idolatría, primero en las poblaciones de los culhuas, de donde había pasado á los chichimecas, de suerte que adoraban ya todos á los dioses de los mexicanos, ofreciéndoles no sólo oblações de flores, frutos é incienso, sino también sacrificios de aves y animales, y algunos de sangre humana." *Ibid.*

(10) "Mas viendo ya seguir á todos la religión de los mexicanos... eran ya en el corazón secuaces de sus ritos, los principales ministros y señores de la corte." *Ibid.*

fueron inmolados sobre la pira del difunto, conforme al rito ordinario (11).

Veinte y siete años después de este suceso, bajo el reinado del célebre *Netzahualcoyotl*, y en la época en que el señor *Prescott* llama muy justamente (12), la *edad de oro* de Tezcoco, aquel culto se elevó hasta infiltrarse en el corazón de las instituciones políticas, dando origen á la celebración de un tratado, tan singular y tan extraño, que no creo halle su igual en ninguna otra de las naciones conocidas. El año de 1454 había llegado á su colmo la devastación que hacía siete sufrían los pueblos del Anáhuac por el hambre y la peste (13), sin

(11) "... y así mismo iban ciertos esclavos y criados del rey muy bien vestidos para ser sacrificados y morir con su señor... y luego allí en el patio del templo quemaron el cadáver, y en el interin sacrificaban los esclavos, sacándoles los corazones y echándolos en el fuego, y los cuerpos los enterraban." *Ixtlilxochitl, Relaciones*, § 8 M. S.

(12) En el epígrafe del cap. 6, lib. I.

(13) Los mexicanos conservaron en sus pinturas la memoria de esta espantosa calamidad, y sólo discrepan de *Ixtlilxochitl*, en la fecha de la gran nevada con que dió principio, que éste fija en el año diez conejos [matlactli-tochtli] correspondiente al 1450; y que los anales aztecas ponen en el de siete cañas [chicome-acatl], 6 1447. Veanse las lám. del *Cod. Texer.*, y 111 del *Vatic.*, que representan todo el suceso.

que ni el desvelo ni la munificencia de sus reyes bastaran á preservarlos, porque en todas partes se habían agotado los mantenimientos. En tal conflicto se recurrió al consejo de los sacerdotes, y éstos declararon: “que los dioses estaban indignados contra el imperio, y que para aplacarlos convenía *sacrificar muchos hombres*, y que esto se había de hacer *ordinariamente*, para que los tuviesen siempre propicios.”

Aunque el gran rey, como en otra parte dice su historiador, siempre hubiera sido enemigo de este modo de servir y de granjear á los dioses de los culhuas mexicanos, no considerándose bastante fuerte para resistir frente de las preocupaciones dominantes en la masa de los pueblos, propuso como un temperamento de aquellas prácticas crueles, el sacrificio de prisioneros de guerra (14); pero los sacerdotes lo

(14) El raciocinio que el historiador pone aquí, en boca de su héroe, ha sido probablemente el mismo que en todas las otras partes del mundo tranquilizó la conciencia de los que repugnaron los sacrificios humanos. El rey decía, para justificar su opinión, que *bastaba que se sacrificasen los cautivos en guerra, que así como así habían de morir en batalla, se perdía poco*. Este mismo principio, ayudado por una mejor lógica, condujo después al estable-

desecharon, replicando: “que las guerras que se hacían eran muy remotas y no ordinarias; que vendrían muy á espacio, y debilitados los cautivos que se habían de sacrificar á los dioses, á la vez que habían de ser muy de ordinario, y la gente reciente y dispuesta para el sacrificio de los dioses, como lo solían hacer con sus hijos y esclavos.” Esta respuesta pareció concluyente, y en su consecuencia se celebró un tratado entre las tres cabezas del imperio mexicano, *México, Tezcoaco, y Tlacopan*, y las repúblicas de *Tlaxcallan, Huexotzinco* y *Cholulan*, por el cual se convinieron en *hacerse periódicamente la guerra* para proporcionarse víctimas, debiéndose batir los días primeros de cada mes, con número igual, en el territorio que media entre *Quauhtepec* y *Ocelotepec*. Esta especie de combatientes recibió una denominación terriblemente exacta y expresiva, que hoy también podría encontrar un sujeto todavía mejor: llámóseles *enemigos*

cimiento de esa máxima del antiguo derecho público, que declaraba lícita la esclavitud de los prisioneros de guerra. Por ella se dirigieron los conquistadores de este continente, mientras que los pobladores del opuesto exterminaban á sus indígenas.

de casa; y sus combates, sus guerras y sus horribles sacrificios, dice *Ixtlilxochitl* (15), duraron hasta la llegada del invencible Don Ferrando Cortés; así como duran nuestras querellas á la vista de los conquistadores del Norte.

Reduciendo ahora á un breve cuadro cronológico los varios hechos esparcidos en los anteriores pasajes tomados de la historia tezcocana, vemos que él nos presenta muy claramente establecidos los siguientes: 1º. Los chichimecas fundadores del imperio tezcocano eran puros deístas: 2º. Bajo el reinado de *Teochallalatzin*, y según *Veytia*, en el año 1357 de nuestra era, *doscientos treinta y siete* después de su llegada á *Tenayucan*, una tribu de raza tulteca y muy civilizada, introdujo la idolatría con el culto de víctimas humanas: 3º. *Setenta años* después, aquel culto, que sólo estaba tolerado, forma una parte muy principal en los funerales del rey *Tezozomoc*: 4º. A los *veinte y siete años* (1454), es decir, en la *edad de oro* de Tezcoco, y bajo el brillante reinado del gran *Netzahualcoyotl*,

(15) Hist. chichimeca, cap. 41, M. S.

se celebró el famoso tratado que hizo de la guerra intestina una institución política, para saciar las implacables aras de los dioses: 5º. *Diez años* (1464) (16) después, el monarca filósofo se resigna á hacer *los mismos grandes y solemnes sacrificios* que le exigían los sacerdotes como recompensa necesaria del favor que pedía á los dioses. En fin, sabemos por una antigua crónica inédita (17), que el mismo rey fué uno de los contribuyentes para la construcción del templo mayor de México, y que su hijo y sucesor *Netzahualplizintli*, ejerció las funciones de sacrificador en la espantosa carnicería con que el rey *Ahuizotl* celebró el año de 1487 su solemne dedicación ó estreno

Si de la exposición de los hechos históricos pasamos á la de las reflexiones que de ellos naturalmente fluyen, notaremos: 1º, que mientras los chichimecas no sa-

(16) Hist. chichimeca, cap. 45, con el 46.

(17) *Crónica mexicana*, por Don *Hernando Alvarado Tezozomoc*, cap. 70, en los M. S. del archivo. Clavijero, Gama y otros escritores hablan con estimación de este escritor indio, que se dedicó á ilustrar la historia de los reyes mexicanos. Floreció en el siglo mismo de la conquista.

lieron enteramente de su estado primitivo, fueron puros deístas, limitándose su culto, al fin de su primera edad, á la ofrenda de frutos, flores, y últimamente á la de animales silvestres, especialmente de codornices; 2.º, que la introducción de los sacrificios humanos se verificó cosa de dos siglos y medio después de fundada la monarquía, y precisamente bajo el reinado que abrió la era de la cultura y de la civilización tezcocana: 3.º, que aquel culto, por entonces solamente tolerado, y practicado además con grande economía, fué muy presto el de la corte, y continuó caminando, á la par que la civilización, en una progresión siempre creciente, hasta llegar á la *edad de oro* de Tezcoco, en la cual se vió fraternizar con el de *Huitzilopochtli*.— Una vez establecidas estas premisas, de ellas son forzosas consecuencias: 1.ª, que no se puede absolutamente fundar en la historia la teoría con que el señor *Prescott* pretende explicar la superioridad que atribuye á la civilización tezcocana sobre la azteca: 2.ª, que con la historia misma de esos pueblos se demuestra que los sacrificios humanos, por más *execrables* y *degra-*

dantes que parezcan á *la naturaleza inmortal del hombre*, no lo son á tal punto que *hagan imposibles los adelantos en la cultura moral é intelectual*. Creo que esta proposición se puede probar también con la historia universal.

En efecto, dejando á un lado la sola tradición histórica, que nos conduciría en nuestras investigaciones á una época más remota que la del sacrificio intentado por *Abraham* (18), y ateniéndonos únicamente á aquellas pruebas de hecho que aun se conservan, y que podemos juzgar por nosotros mismos, es de veras muy digno de atención, que la prueba de la existencia de los sacrificios humanos se encuentre en monumentos que á su vez son testigos irrecusables de la alta civilización á que había llegado el pueblo que los construyó; cual si nos dijera en lenguaje misterioso que aquellos habían caminado á la par que ésta. Las estupendas ruinas de *Persépolis*, que nos trasportan tantos siglos más allá

(18) El sabio abate *Guenée* conviene en que esta especie de sacrificios estaban en uso mucho antes de *Abraham*. *Lettres de quelques juifs*, vol. II, lett. 3, § 2.

de *Alexandro*, han perpetuado en sus magníficos relieves la memoria de los sacrificios humanos (19): la misma se reproduce en las pinturas halladas en los sepulcros de los reyes en Tebas, no dejando duda alguna, dice el Barón de *Humboldt*, de que los egipcios practicaron estos sacrificios (20). Muestras de ellos se reconocen en los escombros que cubren la isla de *Phila* ó *Phihoe*, cuyos acabados relieves y cincelados mármoles nos hacen retroceder, en los más modernos, un período de cinco mil años [21]. En fin, la antigua y misteriosa India nos presenta en el collar de cráneos humanos que adornan el cuello de la diosa *Cali* ó *Bhávani*, así como también en las esculturas de *Elephantina*, la práctica de las tremendas lecciones contenidas en sus libros sagrados (22). Por lo que toca á los

(19) *Chardin Voyages en Perse, &c.*, vol IX, pág 63 y sg, edic, in 12^o 1711.

(20) *Vues de Cordilleres, &c.*, Planch XV, vol I, pág. 369, in 8.

(21) *Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Égypte*, vol. V, ó III, cap. I,—in 8. 1822.

(22) *Vues, &c.*, loc. cit. p. 256.—“El placer que causa á la divinidad el sacrificio de una tortuga,” dice la ley del Indostán, “solamente le dura un mes; el que recibe del sacrificio de un cocodrilo

pueblos que llamaré modernos, considerándolos como la almáciga ó el tronco de donde brotaron las naciones que hoy llevan la bandera de la civilización, es muy fácil probar con su misma historia, que ni uno solo de ellos ha escapado á aquel bautismo de sangre, cual si éste formara uno de los necesarios eslabones de la cadena social, que ninguno tendría el privilegio de saltar (23).

Conducida la cuestión á este punto, uno se encuentra autorizado para repeler el sistema que hace incompatibles los sacrificios humanos con la cultura intelectual y moral, pues en la historia, y lo que es

“dura tres meses; una víctima humana le causa un placer de tres mil años, y tres, de cien mil.” De la *Religion considerée dans sa source, &c.*, por B. Constant; lib. XI, cap. 2, in 8. 1831.—Es probable que así hayan discurrido todos los pueblos desde el momento en que les ocurrió salpicar con sangre las aras de sus dioses, sin que fuera bastante á contenerlos otro poder que el emergente del abuso del mismo sacrificio.

(23) Para no fastidiar á mis lectores con la lectura insípida de un mismo hecho, variado solamente con los nombres propios de pueblos, lo remito al capítulo citado de *B. Constant* y al libro VII de la *Monarquía indiana* del P. *Torquemada*, donde hallará una gran parte de las pruebas que podían producirse en apoyo de esta proposición.

más, en los monumentos, se encuentran pruebas irrefragables de que los pueblos que los han usado no sólo caminaron rápidamente de progreso en progreso, sino que también los practicaron en su época de mayor esplendor y de más elevada civilización; añadiré, que la misma historia prueba, que la profusión y el refinamiento del sacrificio crecía en la misma proporción, ó caminaba á paso igual que la civilización. Siendo éste el hecho, como efectivamente lo es, la tarea del historiador filósofo es explicarlo y no destruirlo, pues de lo contrario se expone á falsear la historia, á extraviar la razón, y en todos casos á ser injusto con el pueblo que se propone juzgar. Los sacrificios, sea cual fuere su especie, y especialmente los humanos, muy lejos de probar la parálisis intelectual y moral de un pueblo, son el indicante más seguro de que se encuentra en una vía avanzada de progreso [24].

[24] El lector me hará la justicia de creer que ni ésta ni otras proposiciones semejantes, llevan un sentido absoluto, sino relativo, según lo que resulta de la comparación entre los diversos estados sociales porque haya pasado un mismo pueblo. El problema es: si acaso los sacrificios humanos sólo se

Confieso que al trazar estos últimos renglones, he sentido estremecerse la pluma en mi mano, porque en el estado de nuestras costumbres, en nuestro blando clima, y lo que es más, en la declinación actual de nuestra caduca y degenerada naturaleza, la sensibilidad es más poderosa que la razón, y se prefiere ser pusilánimes á trueque no de pasar por inhumanos. Sin embargo, es preciso recordar que aquí se versa una cuestión de filosofía y no de humanidad, que exige ser juzgada con la cabeza y no con el corazón; debe, en fin, recordarse que aquí no se trata de recomendar la una á expensas de la otra, sino únicamente de exponer con lealtad y con buena fe los hechos tales cuales acaecieron, y de dar á conocer las causas naturales que pudieran producir los que, á primera vista, se presentan con el carácter de una paradoja ó de un aborto. Esa explicación la da, en mi juicio, la naturaleza misma, desde el momento en que se le interroga con calma y despreocupación.

han practicado cuando los pueblos llegaron á un cierto estado de progreso *respectivo*; y si por haberlos admitido, se quedaron estacionados.